

EPOCA SÉTIMA

DESDE CONSTANTINO Á AUGÚSTULO

Años despues de J. C. 323 á 476)

LIBRO PRIMERO

CAPITULO I

Introduccion.

Despues de una época turbulenta y azarosa, época en que sólo la doctrina de libertad cristiana pudo salvar al mundo de la tiranía de los Césares y de los monstruos del paganismo, vamos á asistir á una época de paz y de bonanza, cuyo cuadro general conviene recordar.

La paz fué dada á la Iglesia; la sangre de los mártires había engendrado creyentes por doquiera, y el mundo, sentado en sombras de tinieblas, iba divisando el bello horizonte de un porvenir hermoso, dibujado en los blancos celajes de una region desconocida á la filosofía pagana, á los pensadores de Grecia y Roma, á los sabios del Egipto y de la China.

Constantino ó la paz de la Iglesia.—Esta célebre declaracion de Constantino aconteció el año 312 de Nuestro Señor. Miéntras que sitiaba á Magencio en Roma, una cruz luminosa se le apareció en el aire ante todo el mundo con una

inscripcion que le prometia la victoria; esto mismo le fué confirmado por medio de un sueño. Al dia siguiente ganó esta célebre batalla, que deshizo á Roma de un tirano y á la Iglesia de un perseguidor. La cruz fué ostentada como la defensa del pueblo romano y de todo el imperio. Poco tiempo despues Maximino fué vencido por Licinio, que estaba de acuerdo con Constantino, y tuvo un fin semejante al de Galerio. Fué dada la paz á la Iglesia. Constantino la colmó de honores y de distinciones.

La victoria le siguió por todas partes, y los bárbaros fueron reprimidos tanto por él como por sus hijos. Sin embargo, Licinio se malquistó con él y renueva la persecucion. Batido por mar y tierra, se vió obligado á dejar el imperio, y por último á perder la vida. En este tiempo Constantino reunió en Nicea, Bithinia, el primer concilio general, en donde 318 obis-



pos, que representaban toda la Iglesia, condenaron al sacerdote Arrio, enemigo de la divinidad del Hijo de Dios, y formularon el símbolo en donde se estableció la consubstanciabilidad del Padre y del Hijo. Los sacerdotes de la Iglesia de Roma enviados por el papa S. Silvestre, precedieron á todos los obispos en esta asamblea; y un antiguo autor griego (1) cuenta entre los legados de la Santa Sede al célebre Ossio, obispo de Córdoba, que presidió el concilio. Constantino tomó asiento en esta asamblea y recibió las decisiones como un oráculo del cielo. Los arrianos disimularon sus errores, y volvieron á entrar en la Iglesia. Mientras que su valor mantenía el imperio en una excesiva tranquilidad, el reposo de su familia se alteró por los artificios de Fausta su mujer. Crispo, hijo de Constantino, pero de otro matrimonio, acusado por esta madrastra de haber querido corromperla, encontró á su padre inflexible. Su muerte fué al punto vengada. Fausta, convicta, fué sofocada en el baño; pero Constantino, deshonrado por la malicia de su mujer, recibió al propio tiempo muchos honores por la piedad de su madre. Ella descubrió en las ruinas de la antigua Jerusalem la verdadera cruz, fecunda en milagros. También se encontró el Santo Sepulcro. La nueva ciudad de Jerusalem, que Adriano había hecho edificar; la gruta en que nació el Salvador del mundo y todos los Santos Lugares, fueron adornados de soberbios templos por Elena y por Constantino. Cuatro años despues el emperador reedificó á Bizancio, que llamó Constantinopla, é hizo la segunda silla del imperio. La Iglesia, pacífica bajo Constantino, fué cruelmente afligida en Persia. Una infinidad de mártires sellaron su fe. El emperador trató en vano de apaciguar á Sapor y de atraerle al cristianismo. La protección de Constantino no dió á los cristianos perseguidos más que un favorable asilo. Este príncipe, bendecido de toda la Iglesia, murió lleno de alegría y de esperanza, despues de haber dividido el imperio entre sus tres hijos, Constantino, Constancio y Constante. Su concordia fué bien pronto

(1) Gel. Cizyc., hist. Nic., libr. II, cap. VI, XXVII; Conc., Labb., tit. II, col. 158, 237.

turbada. Constantino pereció en la guerra que tuvo con su hermano Constante por los límites de su imperio. Constancio y Constante no estuvieron siempre unidos. Constante sostuvo la fe de Nicea, que Constancio combatía. Entonces la Iglesia admiró los largos sufrimientos de San Atanasio, patriarca de Alejandria y defensor del concilio de Nicea.

Arrojado de su silla por Constancio, fué restablecido canónicamente por el papa San Julio I, cuyo decreto (1) apoyó Constante. Este buen príncipe no duró mucho. El tirano Magencio le mató á traición; pero poco despues, vencido por Constancio, se suicidó. En la batalla en que se arruinaron todas sus esperanzas, Valente, obispo arriano, advertido secretamente por sus amigos, aseguró á Constancio que el ejército del tirano estaba en huida, é hizo creer al emperador que lo sabía por revelación. Por esta falsa revelación, Constancio le inclinó á los arrianos. Los obispos ortodoxos son arrojados de sus sillas, toda la Iglesia se llena de confusión y turbación, la constancia del papa Liberio cede ante el aburrimiento del destierro. El concilio de Rimini, si se cierra en seguida, es por sorpresa y violencia; nada se hace en las formas; la autoridad del emperador es la única ley, pero los arrianos, que hacen todo por ella, no pueden ponerse de acuerdo y cambian todos los días su símbolo: la fe de Nicea subsiste; San Atanasio y San Hilario, obispo de Poitiers, sus principales defensores, se hacen célebres por toda la tierra. Mientras que el emperador Constancio, ocupado en los negocios del arrianismo, despreciaba los del imperio, los persas obtuvieron grandes ventajas. Los alemanes y los francos intentaron entrar por todas partes en las Galias; Juliano, pariente del emperador, les reprimió y batió. El emperador mismo deshizo á los sármatas y marchó contra los persas. Allí aparece la revuelta de Juliano contra el emperador, su apostasía, la muerte de Constancio, el imperio de Juliano, su gobierno equitativo y el nuevo género de persecución que hizo experimentar á la

(1) Sócr. Hist. eccl. lib. II, c. XV; Sozom., lib. III, c. VIII.



Iglesia. Alimentó las divisiones; excluyó á los cristianos, no sólo de los honores, sino de la instrucción, é imitando la santa disciplina de la Iglesia, volvió contra ella sus propias armas. Los suplicios se economizaron y se ordenaron bajo otros pretextos que el de la religión. Los cristianos permanecieron fieles á su emperador, pero la gloria que ansiaba más le hizo perecer, fué muerto en la Persia, en donde se había empeñado temerariamente. Jovino, su sucesor, celoso cristiano, encontró los negocios desesperados, y no vivió más que para terminar una paz vergonzosa. Despues de él, Valentiniano hizo la guerra como gran capitán, llevó á su hijo Graciano consigo desde muy joven, mantuvo la disciplina militar, batió los bárbaros, fortificó las fronteras del imperio, y protegió en Occidente la fe de Nicea. Valente, su hermano, á quien hizo su colega, la perseguía en Oriente; y no pudiendo ganar ni abatir á S. Basilio y S. Gregorio Nacianzeno, desesperó de poderla vencer. Algunos arrianos unieron nuevos errores á los antiguos dogmas de la secta. Aerio, sacerdote arriano, es notado en los escritos de los Santos Padres como autor de una nueva herejía (1), por haber igualado el sacerdocio al episcopado y juzgado inútiles las súplicas y oraciones de la Iglesia por los difuntos. Un tercer error de este heresiarca era el contar entre las servidumbres de la ley ciertas nuevas señales, y querer que el joven fuera siempre libre. Vivía aún, cuando S. Epifanio se hizo célebre por su historia de las herejías, en donde era refutado como todos los demás. San Martin fué elegido obispo de Tours, y llenó el universo con el brillo de su santidad y de sus milagros durante su vida y despues de su muerte. Valentiniano murió, despues de un discurso violento que pronunció contra los enemigos del imperio; su impetuosa cólera, que le hacía temer de los demás, le fué fatal á sí mismo. Su sucesor, Graciano, vió sin envidia la elevación de su joven hermano, Valentiniano II, que se hizo emperador cuando aún no contaba más que nueve años. Justina, su madre, pro-

(1) I Epiph., libr. III, hæc. LXV, t. I, pág. 906, Aug., hæc. LIII, t. VIII, col. 18.

tectora de los arrianos, gobernó durante su minoría. Aquí se ven en pocos años maravillosos sucesos: la revuelta de los godos contra Valente; este príncipe abandona á los persas para reprimir á los rebeldes; Graciano acudió á él despues de haber obtenido una gran victoria señalada sobre los alemanes. Valente, que quiso vencer solo, precipita el combate, en donde es herido cerca de Andrinópolis; los godos, victoriosos, le quemaron en una villa, en donde se había refugiado. Graciano, colmado de negocios, asoció al imperio al gran Teodosio y le dejó el Oriente. Los godos fueron vencidos; todos los bárbaros participaron de este vencimiento, y tuvieron temor de emprender nuevas empresas; y los heréticos macedonios, que negaban la divinidad del Espíritu-Santo, son condenados en el concilio de Constantinopla, en el cual se encontró sólo en la Iglesia griega; el consentimiento de todo el Occidente y del papa S. Dámaso, le hizo apelar al concilio general. Mientras que Teodosio gobernaba con tanta fuerza y con tanto éxito, Graciano, que no era ménos violento ni ménos piadoso, abandonó sus tropas, compuestas de extranjeros, y fué inmolado al tirano Máximo. La Iglesia y el imperio lloraron á este buen príncipe. El tirano reinó en las Galias, y pareció contentarse con este mando.

La emperatriz Justina publicó, bajo el nombre de su hijo, edictos en favor del arrianismo. S. Ambrosio, obispo de Milan, no opuso más que su santa doctrina, las oraciones y la paciencia, y supo con tales armas, no sólo conservar las basílicas, que los heréticos querían ocupar, sino aún ganar al joven emperador. Sin embargo, Máximo fué movido, y Justina no encontró nada más fiel que el santo obispo, á quien trataba de rebelde. Ella le envió al tirano, á quien no podían doblegar los discursos. El joven Valentiniano se ve forzado á huir con su madre. Máximo se hace dueño de Roma, en donde restablece los sacrificios de los falsos dioses para complacer al Senado, que era casi todo pagano. Despues que hubo ocupado casi todo el Occidente, y en los tiempos en que se creía más pacífico, Teodosio, auxiliado por los francos, le deshizo en la Panonia, le sitió en